

del río, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficción el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

¿Y el estilo? ¿y la versificación? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillejo mas diminuto y vil, á las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupción de coplas, con este chorroborro perenne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfección el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

Así nos lo persuadíamos: con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria. *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

¿Pero qué sucedió? ¿oh iniquidad! ¿oh livor! ¿oh influjo adverso! ¿Qué sucedió? Que así co-

mo el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que así como el murciélago torpe que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril asiéndole una de sus aurículas, le extrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan al orbe, forceja, y se resiste, y bate las alas membráceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponía la opacidad de su insipiencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

Este fue el galardón, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: después de habernos recocado los sesos en amontonar erudición gentílica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocupación ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo que nos hallaba en vela todas las noches, *Bel-*

la per Emathios plus quam civilia campos, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

Pero como por especial favor de la Providencia asi somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurremos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos á quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y correccion, que algunos invidios traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan ecónomos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nacion gran cantidad de epigramas, díchicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡Oh cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡oh qué

traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y qué comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente; bien es verdad que segun él está arreglado, parece que se hizo exprofeso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; asi lo hacemos todavía, alli retumbamos, y ¡oh nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesion!

¡Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros, sobre la tolerancia, sobre la

tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinchas.... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Por qué siendo tan desafortunadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

Ya en algún modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuán pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigili- as, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir: el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho días, el público se desengaña, ó nosotros por un quitame allá esas pajas nos estropeamos á garrotazos en un portal, y la discordia que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilion, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

Pero en el *hic et nunc*, en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia, cuando circuidos de horrores y faltos de consejo, hollábamos caliginoso pavor, y palpábamos ateza-

das lobreguezes, *ecce Corinna venit, ecce benigna* rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un Príncipe, la nación le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurrección.

Queremos cantar, sí señor, queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del Príncipe D. Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volveremos á extasiarnos y á dormirnos; y cruzarán por esos aires á media noche, al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heróicos y romanzones, que será una confusión.

¿Y los toros? ¡Oh mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias exquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se

caigan, para los que corran, y para los que no puedan correr! ;Y qué de cosas tenemos discursadas para las lunadas fieras, y qué lindas comparaciones en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Fálaris, el toro de san Marcos, el toro de Europa, y el *toro pater!*

Queremos pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas: no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto abajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá Diario, ni Gaceta, ni Biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras..... Pero ;ay, cirreo Numen! ;ay, reverendo Citarista fúlgido! ;Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

¿Qué haremos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *híc jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ;oh deidad crinada y arcitenente! aquí imploramos toda vuestra beneficencia para poder nos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada segun estilo, en la cual se exprese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Direis además, que nosotros los que tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas hueros, tragos ridículos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcisonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobacion hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Direis, que para que la nacion acabe de iluminarse, es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papeillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la Corte, en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo

nuestros áureos dramas al gran teatro. Direis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudicion, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiendo, que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente, amonesta, y en caso necesario manda, y condena á todo erudito que sepa deletrear á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupcion poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo Principe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita; para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

Tal es, señor, nuestra pretension: con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos mas peligrosos, cuando hallamos nuevas difi-

cultades. En una floresta sombría que el abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el zéfiro las alas sutiles unguidas en aromas índicos.... pero en vuestro ceño, radiante Numen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo pues adelante.

En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada tácitos y tranquilos: comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicimoslo asi: nos preguntaron ¿quiénes éramos, y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecia gefe de los demas un volúmen membranáceo, leyó en él no sé qué índices ó apuntaciones; y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio pónico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos: que nuestras obras se habian examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero: que Apolo nos habia maldecido solemne-

mente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces; y que sería ofenderle el dar un solo paso adelante.

Esto nos dijo Luzan, que así parece que se llamaba: si fue lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del día, consideradlo mientras lo restante patentizo.

Replicámosle como era razón: sacamos para su desengaño nuestros manuscritos: no quiso verlos; y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representamos humildes: negóse díscolo; y encendido en cólera fulminó dicerios y amenazas. Ya era justísima la vindicta: arremetimos intrépidos: dimos con él en tierra: acudieron gentes en su ayuda: trabóse bélica porfia, y fluctuamos en incierto Marte, hasta que el cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe*, quedando en el campo casi difunto el gefe, y los mas de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados, ó mútilos.

Seguimos adelante; y si bien advertimos que nuestra victoria habia alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra, proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcazar, que na-

ciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fue vana su pretension: llegamos á los umbrales venerandos, que saludamos humildes, y al pisar los átrios magníficos vimos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía; pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápidas, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letifera Tesífone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos milites, daban al Bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutia. El Numen belígero, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los eges férvidos, y agitando flagelífero cuádriga indómita. No de otra manera fulgurando el eter, se precipita rápido.....

Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo, calla, y no abuses mas de mi paciencia: vete, y

dí á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamas los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nacion y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

¿Qué enjambre es este de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde estan aquellos pocos que deberian oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interes abatido y sórdido? ¿En dónde estan?

Cierto es que en todos los paises, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo, animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre, el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demas, y uno, uno

solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produjo.

¿Pero qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debian escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? ¿Qué? ¿Tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los egercicios útiles, se abandona instigada de la necesidad á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

¿Vacilareis siempre entre las contradicciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extrangeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las

otras lenguas que no traduzcais á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atreveis á tocar, porque habeis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

¡Y qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el exceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

¿Llegará el día en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepais conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron despues en su pais, haciendo gloriosa entre las demas por su sabiduría á aquella misma nacion que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

Entonces no se instruian los españoles en compendios y polianteas: no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, me-

nos frívola: los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo: las obras de mérito que tiene la nacion, entonces se escribieron; estudiadlas.

Su lectura os dará á conocer cuales fueron los principios de la renovacion de las letras en España, cuales las causas de su esplendor y las de su decadencia: vereis tambien lo que debeis tomar necesariamente de los extrangeros, y lo que teneis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afan.

Sí, de imitarse: porque sería indecoroso ademas, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha producido: sería indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta, carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificacion é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.